

Potenciar la transmisión familiar de la fe en tiempos de cambio. Desafíos para la Catequesis Bautismal



CATALINA CERDA
Instituto Pastoral Apóstol Santiago

Introducción

El proceso de reimpulso misionero que ha vivido nuestra Iglesia latinoamericana y chilena nos desafía a pensar toda acción pastoral en clave misionera; también los procesos catequísticos, sin que ellos pierdan su especificidad dentro del proceso de la evangelización¹. En Santiago de Chile la catequesis ha vivido en los últimos años importantes procesos de renovación, y hoy afronta el desafío de proponer una Catequesis Bautismal actualizada y en sintonía con las transformaciones que ha vivido el itinerario catequístico de la Arquidiócesis.

Ahora bien, la acción misionera y pastoral de la Iglesia de Santiago se despliega en una ciudad y sociedad que han vivido, en los últimos decenios, importantes procesos de transformación, tanto sociocultural como religiosa. Por ello, el desafío de anunciar la Buena Nueva del Reino inaugurado en la persona de Jesucristo hoy adquiere nuevos matices que es imperativo atender con profundidad.

En este sentido, la Catequesis Bautismal –particularmente la de infantes²– juega un rol fundamental en la labor pastoral y misionera de la Iglesia: es la puerta de entrada al proceso de iniciación, a la cual llegan familias que muchas veces han abandonado la participación asidua a la comunidad eclesial, pero que por diversas razones desean celebrar el bautismo de sus hijos pequeños, transformándose así en una oportunidad para los procesos de misión o nueva evangelización.

Dado lo anterior, el Instituto Pastoral Apóstol Santiago se ha propuesto emprender una renovación del itinerario bautismal actualmente vigente, lo cual ha implicado iniciar una seria reflexión sobre los desafíos que hoy comporta la transmisión de la fe en una arquidiócesis como la nuestra, particularmente al interior de la familia.

1. La metamorfosis cultural y religiosa de Chile en los últimos decenios

Una mirada amplia y muy general a las transformaciones socioculturales de nuestro país en los últimos 50 años permite constatar que éste ha vivido importantes procesos de modernización y desarrollo, aumentando, por ejemplo, la cobertura escolar secundaria y de educación superior, la esperanza de vida, la producción interna y el crecimiento económico, con una gran proliferación de las nuevas tecnologías de la información, logrando un mejor nivel de modernización del aparato estatal, entre otros. Dichos procesos han estado basados, en los últimos decenios, en un modelo cultural y económico que tiene como principio fundamental la libertad, y que tiende a promover una comprensión *individual* del ser humano. En los últimos decenios, además, las relaciones sociales se han visto cada vez más fragmentadas y marcadas por la desconfianza, no solo hacia las instituciones de diversa índole, sino también entre las personas³.

Por su parte, es posible reconocer que hoy vivimos en una sociedad mucho más visual, regida por la imagen, por la estética y los afectos, menos valorativa de lo racional, al menos en comparación con la llamada «sociedad moderna». La denominada *posmodernidad* ha sido caracterizada como una sociedad más *líquida*, menos rígida, de rápidas y fuertes transformaciones, más emocional y simbólica⁴. Esto es un desafío para la formación religiosa –muchas veces racionalizada en exceso– que requiere lograr un equilibrio entre las distintas dimensiones de la persona y las distintas formas de aprendizaje pero, a la vez, es una interesante oportunidad para una catequesis litúrgica como la bautismal, en cuya celebración lo simbólico y lo figurativo tienen un lugar central que puede conectar muy bien con esta sensibilidad actual.

Ahora bien, en términos ya específicamente religiosos, la sociedad chilena ha vivido también importantes procesos de metamorfosis, los cuales se centran prin-

principalmente en cuatro fenómenos. El primero es el declive de la afiliación católica, atenazada por otras dos particularidades: el sutil pero sostenido aumento de los evangélicos, particularmente del pentecostalismo. También se constata un abrupto aumento de la desafiliación religiosa e increencia. Estos desarrollos muestran, además, un aumento de la *diferenciación* religiosa y estilos *individualizados* de religiosidad.

Tal vez el proceso más importante dentro del catolicismo, al menos desde el punto de vista cuantitativo, ha sido la distancia de los católicos respecto de la institución religiosa. Por un lado, hay una tendencia a abandonar la afiliación religiosa católica: hoy en día, el 59% de la población chilena se declara católica, disminuyendo 11 puntos porcentuales en 8 años⁵, en un proceso que, aunque no es del todo novedoso, ciertamente se ha acentuado a lo largo de las últimas décadas. Además, se visualiza un bajo nivel de práctica, ya que solo el 9% de quienes se autodefinen católicos afirma asistir a misa de manera habitual⁶. Asimismo, la confianza en la institución eclesial ha disminuido considerablemente en las últimas décadas⁷, lo que, junto con lo anterior, ha configurado un proceso que se ha descrito comúnmente como la desinstitucionalización de las creencias religiosas. La fe católica hoy adquiere un rostro más *individual*, más *subjetivo* y más *privado*.

En segundo lugar, hay un aumento sutil, pero sostenido, del pentecostalismo. Según estudiosos en la materia, esto ha estado ocurriendo gradualmente desde comienzos del siglo XX, aunque tuvo su punto más alto en los años noventa⁸. Y aunque el aumento de esta adhesión ha experimentado un cierto estancamiento en los últimos años, continúa subiendo de forma más lenta pero permanente, representando actualmente a cerca del 16% de la población chilena⁹. El Informe del Pew Research Center (2014) muestra que esta situación responde en una parte significativa a un proceso de *migración religiosa*, es decir, de católicos que se han convertido al protestantismo¹⁰; un fenómeno que aunque en Chile ha sido menor que en otros países del continente (como Brasil o Centroamérica), da una nueva configuración al mapa religioso del país.

Un proceso mucho más reciente y novedoso para Chile ha sido el aumento de quienes se denominan a sí mismos sin religión, agnósticos o ateos, en un país que, a diferencia de Uruguay, por ejemplo, no tenía una tradición secularista anterior. Según la Encuesta Nacional Bicentenario del año 2016 este grupo ahora alcanza el 20% de la población, mientras que el Informe del Pew Research Center lo lo-

caliza en un 25%¹¹. Más allá de las diferencias, el punto a destacar es el aumento significativo que este grupo ha tenido en Chile, toda vez que el 2006 alcanzaba solo el 12% según la primera encuesta mencionada y en el 2014 llega a un 22%. Por esta razón, el Pew Research Center destaca la novedad de este proceso de metamorfosis religiosa para Chile. Además, es necesario subrayar que éste es un proceso que está afectando a la sociedad en su conjunto y no solo a las generaciones más jóvenes, como a menudo se pensó que ocurriría.

Sin embargo, la Encuesta Nacional Bicentenario, al analizar los datos anteriores sobre la afiliación religiosa y relacionarlos con otros como la creencia en Dios o incluso en Jesucristo, concluye que:

“la desafección religiosa no suele ser increencia: alrededor de dos tercios de los que no profesan ninguna religión creen en Dios, y la mayor parte ha creído siempre, aunque entre los jóvenes avanza un patrón de increencia propiamente tal. [Además], la referencia a Jesucristo no ha desaparecido tampoco: más de la mitad considera a Jesús de Nazaret como verdadero hijo de Dios”¹².

A lo anterior se suman otras expresiones de *pluralismo* religioso: la globalización ha traído consigo diferentes creencias y prácticas religiosas —no necesariamente institucionalizadas— que eran desconocidas hace unas décadas para este continente; por ejemplo, la llegada de la *New Age* en los años 90, de carácter más bien sincretista, u otros de origen oriental, como la creencia en la reencarnación, o prácticas espirituales más específicas como el yoga, la limpieza y la recarga de los chakras, el tarot, entre otros¹³.

Así, es posible sintetizar que, en las últimas décadas, Chile ha vivido un triple proceso de transformación de la religiosidad respecto de los decenios anteriores¹⁴: por un lado, un aumento de la increencia o indiferencia religiosa; por otro, el aumento de la denominada “migración religiosa”, es decir, católicos que se han sumado a iglesias cristianas evangélicas; y finalmente, la desinstitucionalización de la experiencia religiosa; es decir las personas —y con mayor fuerza entre generaciones jóvenes— que siguen expresando creer en Dios, no participan o no se sienten pertenecientes a iglesias. Así, se observa una tendencia a la *privatización* de la fe: la relación con Dios no necesariamente se pone en duda, pero se desarrolla de manera individual, subjetiva y generalmente desligada de una comunidad de referencia.



Sin embargo, autores como Valenzuela, Bargsted y Somma¹⁵ hacen notar que la experiencia religiosa en Chile ha estado históricamente poco mediada por la institucionalidad eclesial, utilizando como principal vehículo de vivencia y transmisión la denominada *religiosidad popular* (peregrinaciones a santuarios, animitas, entre otras) y marcada por devociones principalmente *marianas*. De acuerdo a los autores, este tipo de religiosidad –popular y mariana– recoge tradiciones religiosas de nuestros pueblos originarios, marcados por una menor mediación institucional y con un fuerte rol de la figura femenina. Por ello, dicha religiosidad configura una espiritualidad de carácter más personal, menos normada moralmente, menos penitencial y que enfatiza fuertemente la filiación. Y, por tanto, –y he aquí lo interesante para nuestro tema– que en el ámbito cristiano enfatiza la importancia del bautismo por sobre otros sacramentos como la eucaristía y la confesión, más cristicéntricos y clericales¹⁶.

Santiago es, por su parte, una capital grande, con un poco más de siete millones de habitantes, por la cual cuesta desplazarse y los tiempos de trabajo son extensos. Las familias han tendido, en general, a configurarse de manera más nuclear y ya no extendida como antes. Es decir, los padres –o la madre o el padre de manera individual– suelen vivir solos con sus hijos, ya no en conjunto con sus propios padres, tíos o familiares. Esto hace más difícil la participación en actividades extraprogramáticas, como por ejemplo, las catequesis en las tardes-noches de la semana, o incluso los fines de semana. Además, es necesario recordar la disminución de la tasa de natalidad que de manera permanente se ha vivido en Chile en las últimas décadas:

“Desde la segunda mitad del siglo XX la fecundidad ha sufrido profundas transformaciones. [...] entre 1950 y 1965 aproximadamente, la fecundidad aumentó de 5 a 5,4 hijas e hijos promedio por mujer. Sin embargo, a partir de ese momento sufre una significativa baja, y hacia 1980 el promedio de hijas e hijos tenidos por las mujeres sólo alcanza a 2,7, lo que porcentualmente implicó un descenso del 50% en el nivel de fecundidad en tan sólo 15 años. Posteriormente esta baja sostenida fue más lenta alcanzando actualmente a 1,9 valor inferior al nivel de reemplazo de la población, el que se mantendría, según las proyecciones, hacia mediados del presente siglo”¹⁷.

En el caso de la participación eclesial, ha habido una disminución de las personas que celebran sus sacramentos de iniciación cristiana. Según los datos de la

Cancillería del Arzobispado de Santiago, entre los años 2000 y 2015 la celebración del sacramento del bautismo ha descendido desde 73.575 a 34.773 anuales, por lo que esta catequesis se ve desafiada no solo por la menor formación y experiencia religiosa previa de los padres, sino también por cuestiones de orden práctico, como por ejemplo, el cumplimiento de los requisitos establecidos en relación con los padrinos. No es extraño saber de la dificultad que tienen los padres de celebrar el bautismo de sus hijos, pues no cuentan con personas, dentro de sus redes, que cumplan con ellos. También se ha hecho más frecuente, debido al aumento de la adhesión cristiana evangélica en nuestro país, la situación de que sean propuestos como padrinos personas de otras denominaciones cristianas, lo que se traduce en un desafío concreto e incluso de carácter ecuménico a la hora de la implementación de esta catequesis.

En otro ámbito de la cuestión, hoy se observa que la transmisión de la fe en la familia –antes dada por obvia y anterior a cualquier proceso catequístico– se ha debilitado o al menos difuminado, incluso en familias creyentes. De acuerdo a algunos estudios, en contextos de sociedades con presencia de procesos de secularización, como comienza a ser la nuestra, la posibilidad de que padres creyentes transmitan su fe a los hijos alcanza solo al 50%. Y ello disminuye en caso de que no haya coherencia religiosa entre ambos¹⁸. Por ello, no es extraño encontrar niños que en la Catequesis Familiar no saben persignarse ni conocen el Padre Nuestro. O más aún, hallar jóvenes para quienes el tema religioso – en su sentido más amplio como la pregunta y la búsqueda de relación con lo Trascendente– es una cuestión totalmente ajena pues rara vez o nunca se la han planteado.

No se puede dejar de mencionar a este respecto también la crisis de confianza que ha vivido la Iglesia Católica en Chile en los últimos años. En la actualidad, cerca de un tercio de la población confía en la Iglesia Católica, situación que no es mejor en el caso de las iglesias evangélicas, cuyo nivel de confianza alcanza un 20 por ciento¹⁹. Evidentemente, esta situación se inserta en un fenómeno social mucho más amplio de fragmentación, de falta de credibilidad tanto entre las personas como hacia las instituciones, la que se ve profundizada por los propios problemas que las instituciones religiosas han tenido en los últimos años, principalmente los relacionados con abusos de poder o sexual.

Todo lo anterior configura un panorama de alta *heterogeneidad o pluralismo* entre quienes llegan a la Catequesis Bautismal, lo que se transforma así en una cuestión insoslayable que ciertamente desafía al momento de pensar en la elaboración de una propuesta para la implementación de este proceso de iniciación. Más aún, si consideramos no solo la diversidad en las personas que llegan a cada una de las comunidades eclesiales, sino también a nivel más *macro*, la heterogeneidad que caracteriza a nuestra ciudad y, por tanto, a nuestra Arquidiócesis.

2. La Catequesis Bautismal en la Arquidiócesis de Santiago

Con el deseo de complementar el análisis antes realizado con la vivencia de las comunidades eclesiales de Santiago, es que el Instituto realizó una pequeña investigación en torno a la implementación de la Catequesis Bautismal en la Arquidiócesis. En este segundo apartado, se presentará el análisis de los resultados de dicha investigación. Comenzaremos explicitando, brevemente y por rigurosidad, los antecedentes metodológicos, para luego presentar una síntesis de los principales resultados por cada uno de los objetivos establecidos en la investigación.

a. Antecedentes metodológicos

La investigación de campo realizada tuvo como objetivo general “conocer la realidad de la Catequesis Bautismal en la Arquidiócesis de Santiago en vistas a la renovación del texto para su implementación y del proceso formativo de los catequistas”.

Dicho objetivo se desagregó en cuatro objetivos específicos:

- *Objetivo específico 1:* Caracterizar cómo se realiza el proceso de Catequesis Bautismal en diferentes Unidades Eclesiales de Santiago (número de sesiones, temáticas, material utilizado, entre otros).
- *Objetivo específico 2:* Identificar cuáles son las motivaciones que llevan a los padres a querer celebrar el sacramento del bautismo de sus hijos(as).
- *Objetivo específico 3:* Caracterizar a los agentes pastorales que animan o acompañan la Catequesis Bautismal en las comunidades eclesiales (catequistas, coordinador/asesor, párroco).

- *Objetivo específico 4:* Recoger las expectativas o sugerencias que tienen los catequistas para la elaboración de un nuevo material de animación de la Catequesis Bautismal.

Dados los objetivos de investigación, se optó por la elaboración de una encuesta de preguntas abiertas a aplicarse a una muestra –pastoral, pero no estadísticamente representativa– de las parroquias y movimientos de la Arquidiócesis de Santiago²⁰.

En el caso de las parroquias, la muestra buscó representar a cada uno de los decanatos de la Arquidiócesis: en total, se entrevistaron 40 parroquias, elegidas de manera aleatoria dentro de cada decanato. La entrevista fue realizada a catequistas o coordinadores parroquiales de Catequesis Bautismal, de manera electrónica (google forms) o telefónica. En el caso de los movimientos, se solicitó la ayuda del Área de Laicado, a través de la cual se aplicó el instrumento a 2 movimientos que, según la información recibida, son los que realizan Catequesis Bautismal: CVX y Neocatecúmenos.

b. Análisis de resultados por objetivo específico

El primer interés de la investigación fue *caracterizar la implementación* actual de la Catequesis Bautismal en Santiago, identificando, por ejemplo, el material utilizado, la cantidad de sesiones, los requisitos que se establecen a las familias, entre otras cosas. Dentro de los resultados, destaca que un número importante de las comunidades (24 de 42) utiliza el material propuesto por la Arquidiócesis (“Dejen que los niños vengan a mí”, P. Fernando Tapia - INPAS), tres de las cuales lo complementan con otros materiales. Once utilizan un material propio y seis no utilizan ningún material guía. El uso de material audiovisual complementario es más bien bajo (22 comunidades no utilizan ninguno) y, en caso de usarlo, este es principalmente música (15 comunidades).

La mayoría de las comunidades (26) realizan la Catequesis Bautismal en cuatro sesiones, haciéndose en general pocas adaptaciones a las mismas; solo 17 comunidades mencionan adaptar la propuesta a la realidad de las familias que llegan, mientras que ocho mencionan que solo hacen adaptaciones de tiempo, sobre todo en invierno, acortando a menos sesiones por consideración al clima. Poco más de un tercio de las comunidades (15) no hace ninguna adaptación.

En cuanto a los requisitos, en las respuestas se halla una gran diversidad. Algunas parroquias (12) mencionan, por ejemplo, el requisito económico (variando entre \$2.000 y hasta \$15.000). Otras mencionan la asistencia (9) y el requisito “tradicional” en relación con los padrinos (14)²¹. Dichos requisitos son establecidos principalmente por el párroco (26) o responden directamente a las orientaciones entregadas por la Iglesia diocesana (7).

Respecto de las *motivaciones* con las que llegan las familias a la Catequesis Bautismal, las respuestas de los catequistas se han agrupado bajo cuatro categorías:

- a) La *fé* en Dios y el deseo de transmitir dicha *fé* a los hijos (21 comunidades); en algún caso se hace la diferenciación de que la *fé* es en Dios, pero no en la Iglesia. De hecho, ninguna respuesta habla de la incorporación a la comunidad eclesial.
- b) La *tradición*, incluyendo acá la celebración del bautismo por influencia de la familia, por respeto a tradiciones familiares, o bien, por tradición social, por “cumplir”, como muchos llaman. Se incluyen también acá las respuestas alusivas a que la motivación es la celebración de la fiesta (36 comunidades aluden a esta motivación).
- c) Por *protección*, dentro de lo cual se incluyen todas aquellas respuestas que aluden a los beneficios protectores que las personas reconocen en el bautismo, ya sea ante enfermedad, muerte o para que “no le pase nada malo” (9 comunidades).
- d) Por *requisito de matrícula en colegios católicos* (5 comunidades).

Ahora bien, al pedirle a los catequistas que profundicen en las *motivaciones religiosas* de las familias que llegan, vemos que sus respuestas se agrupan en tres niveles de religiosidad: hay 16 respuestas que aluden a que las familias tendrían un interés religioso explícito; en 15 casos los catequistas ven algunas motivaciones religiosas pero más difusas, confusas o más bien de carácter tradicional (cumplir, tradición familiar, etc.). Finalmente, hay siete respuestas en las que los catequistas afirman que las familias no llegan con motivaciones religiosas.

Finalmente, se quiso también caracterizar a los *agentes* que acompañan o animan esta Catequesis. Para ello, se consultó sobre algunos antecedentes de los catequistas, así como por la existencia (o no) de un asesor o coordinador. Además, se preguntó a los catequistas por el rol que juega el sacerdote o párroco dentro del proceso de la Catequesis Bautismal.

Las respuestas muestran que, en general, el perfil de los *catequistas* es que son personas adultas, en su mayoría entre 45 y 60 años (27 comunidades) o bien entre 35 y 45 años (21), aunque el rango va desde los 35 hasta los 80. La gran mayoría (34 de los 42 casos) son catequistas antiguos, con entre 5 y 30 años de experiencia. Las razones o vías por las cuales llegaron a ser catequistas son variadas: por experiencia o relación con la comunidad (11 casos), por solicitud del párroco (11), por formación en cursos específicos (5), como continuación de la experiencia en otra catequesis (7), entre otras.

De acuerdo a las respuestas entregadas en torno a la *formación de los catequistas*, es posible afirmar que la mayoría cuenta con algún tipo de formación, aunque no sabemos (por la poca especificidad en las respuestas) si ella es formación general o específica en relación con la Catequesis Bautismal²². Además, la formación ha sido tanto formal (en cursos, ya sean generales o especializados, en cuyo caso se encuentran 29 comunidades) como no formal (por medio de conversaciones con el sacerdote o con catequistas antiguos que transmiten su experiencia, situación en la cual se hallan siete casos).

Respecto de otros agentes, se afirma que es principalmente el *párroco o sacerdote* quien realiza la labor de asesoría (19), en el caso de hacerlo. Ocho comunidades expresan que dicho rol lo cumple un asesor laico, y siete algún diácono. Por su parte, nueve afirman no contar con dicho agente en sus comunidades. Ahora bien, en el caso del párroco o sacerdote, éste realiza principalmente roles de formación y acompañamiento de los catequistas (20), aunque existen casos en que solo se vincula en el proceso de convocatoria (5) o que no realizan ningún tipo de acompañamiento (6). Finalmente, los catequistas afirman que, en general, los sacerdotes realizan escaso acompañamiento directo a las familias (ningún acompañamiento en 12 casos, esporádico o para situaciones excepcionales en 9 casos, solo en la celebración del bautismo en 4 casos).

3. La transmisión de la fe en tiempos de cambio

Un análisis de lo hasta aquí comentado permite identificar algunas características de la experiencia religiosa actual que desafían –para su crecimiento– a los procesos catequísticos animados por la Iglesia, en este caso, a la Catequesis Bautismal.

En un primer respecto, es interesante destacar cómo se constata una mixtura de motivaciones detrás de las familias que se acercan a la Iglesia para celebrar el bautismo de sus hijos. Tal como dan cuenta los catequistas, se entremezclan motivaciones propiamente religiosas –el deseo de transmitir la fe a sus hijos y la confianza en la gracia protectora del sacramento– con otras de orden más bien social – como puede ser el seguir una tradición que por generaciones formó parte de los ritos culturales de una sociedad de cristiandad–. A la luz de los antecedentes expuestos en la primera parte –donde se analizan algunos datos del actual panorama religioso chileno– es importante no subestimar la permanencia de la religión a pesar de los datos que muestran su –tal vez aparente– declive. A la vez, es necesario tomar plena conciencia de que ella hoy se vive en un contexto mucho más secularizado y donde la pregunta religiosa ya no es tan evidente, explícita ni valorada.

De hecho, es innegable que hoy la religiosidad en Chile se vive de manera *desinstitucionalizada*, es decir, de manera individual, subjetiva, poco mediada a través de la organización eclesial pero que, al menos hasta ahora, no desaparece del todo. Y aunque como hemos visto ello no es absolutamente novedoso para países latinoamericanos con una fuerte presencia de la religiosidad popular, evidentemente desafía a un proceso de iniciación que busca no solo propiciar o profundizar la relación entre el sujeto con Dios, sino también incorporarlo a la comunidad para que junto a ella viva dicha relación.

En ese sentido, es posible interpretar que, en no pocos casos, la pregunta religiosa sigue estando presente, a pesar de la distancia que las personas, especialmente las generaciones más jóvenes, han adquirido respecto de la Iglesia y que se traduce en bajos índices de participación eclesial. Desde allí es posible entender, como muchas veces se comenta entre los agentes pastorales, que las personas “se acercan” a la Iglesia a celebrar sus sacramentos de iniciación y “se van”, es decir, no se vinculan de manera permanente a la comunidad eclesial. Con todo, ello no significa necesariamente que haya desaparecido la búsqueda religiosa, aunque evidentemente en niveles y términos bastante distintos a los históricos. A este respecto, es importante volver a recordar la alta valoración que tiene entre los chilenos el bautismo –en comparación con otros sacramentos más “institucionalizados”– y la oportunidad entonces que éste implica para retomar la pregunta religiosa en el diálogo catequístico.

De hecho, tomarse en serio la pervivencia de la religión más allá de su transformación formal supone tener una real preocupación pastoral y catequística por conectar los procesos formativos con dicha búsqueda muchas veces tan poco explícita. Lo que, a su vez, implica opciones: requiere dedicar mayor tiempo e intención a despertar o ayudar a explicitar el anhelo religioso de las personas y menos al “adoctrinamiento” en torno a tal o cual aspecto del sacramento celebrado. Y ello no porque sea menos importante comprender en profundidad los elementos del sacramento, sino particularmente por atención al contexto donde se desarrolla la determinada catequesis, el cual ciertamente ya no es de cristiandad y, por tanto, requiere no dar por obvia la conciencia del anhelo religioso, aunque éste siga estando de manera más oculta. Requiere, más bien, volver a despertar dicho anhelo, a ratos adormecido, que será la base fundamental para que los padres puedan acompañar a sus hijos en el crecimiento de la fe. Si esto no se logra, la celebración del bautismo del niño tendrá menos posibilidades de ser fructífero para su vida futura.

Sin ir más lejos, el bautismo de infantes tiene una particularidad dentro del proceso de iniciación cristiana que es interesante de analizar con mayor detalle: los padres celebran el sacramento de un niño que aún no puede optar, de manera personal y consciente, por la fe en Jesucristo y en el Dios Trino en Él revelado. Por dicha razón, el bautismo de niños supone el deseo y el compromiso, por parte de los padres, de transmitir la fe a sus hijos y de acompañar sus procesos de crecimiento en ella. Así, este proceso de iniciación es en rigor una catequesis de adultos –al menos formalmente ya iniciados– en vistas a la fe de un niño. Por tanto, el foco de este proceso formativo debiese estar puesto, a nuestro entender, en el rol transmisor –fundamentalmente testimonial y kerigmático– de los padres o de los adultos significativos que están esperando acompañar a los niños en la fe. En ese sentido, es que la cuestión de la transmisión familiar de la fe cobra una importancia nuclear, la cual, tal como hemos visto anteriormente, hoy se halla en una constelación compleja entre subjetivación, permanencia de la fe –aunque transformada– y mayores niveles de secularización a nivel sociocultural.



4. Conclusiones: Compartir la Buena Nueva del amor de Dios en Cristo, núcleo de la Catequesis Bautismal

Dado lo anterior, nos parece que una actual Catequesis Bautismal debiese tener como foco fundamental el volver a despertar el anhelo religioso de padres que –por alguna razón– llegan queriendo celebrar el bautismo de sus niños. Un despertar que solo puede ser fruto de volver a encontrarse con la Buena Nueva de un Dios que, por sobre todo, nos ama y ha querido compartir Su Vida con nosotros en la persona de Su Hijo. Terminamos, entonces, este artículo, enunciando las grandes líneas teológicas que creemos deben articular una actualizada Catequesis Bautismal, las cuales, por razones de extensión, no podemos profundizar en este momento pero esperamos hacerlo en un próximo artículo dedicado a este tema.

El núcleo de la fe cristiana es, sin lugar a dudas, la afirmación de que Dios ha salido al encuentro de Su creatura, y se ha manifestado al ser humano no solo para decir *algo* sino para entregarse a *Sí mismo*²³ en vistas a la comunión entre Creador y creatura. Dicha autodonación ha atravesado la historia humana, llegando a su plenitud en Jesucristo, por quien el mismo Dios se ha hecho uno de nosotros para compartirnos Su vida. Ahora bien, para ser un verdadero *encuentro* ello requiere de la respuesta por parte del ser humano, es decir, la *fe*²⁴. En ese sentido, el Bautismo no es otra cosa que la celebración de este encuentro entre Dios que ofrece Su vida al ser humano y el hombre que, habiendo escuchado Su palabra, quiere acogerla con fe en su vida como Buena Nueva. El bautismo entonces supone, celebra y profundiza la fe en cuanto acontecimiento de encuentro del hombre con Dios.

Ahora bien, es necesario recordar que el encuentro del hombre con Dios es constitutivamente comunitario, por una doble razón: por un lado, porque el ser humano que participa de este encuentro es constitutivamente social/comunitario y porque la propia autocomunicación de Dios ha sido y sigue siendo en la historia, es decir, mediada por seres humanos. Es en este sentido en que se entiende el rol mediador de la Iglesia como continuadora de la misión de Cristo: anunciar la Buena Nueva de la autocomunicación de Dios al ser humano (misión / evangelización). En relación al tema que aquí nos convoca, la Iglesia

debiese ponerse al servicio del rol educativo que tienen los padres en la fe y ser el lugar donde ellos nutren, fortalecen y confrontan su propia experiencia de fe para ser anunciada con alegría e ímpetu en los distintos espacios de su vida, y particularmente en sus familias.

En este sentido, la primera comunidad vital que anuncia es, sin duda, la familia. En ella las personas reciben la primera relevación no temática del amor y de la donación; pero también, es esperable que en ella puedan recibir el anuncio explícito del amor más pleno de Dios en sus vidas. Ahora bien, tal como hemos visto anteriormente, dicho proceso de transmisión hoy se ve desafiado por nuevos contextos más seculares, más abiertos y más heterogéneos que dan un nuevo contexto al rol performativo de la familia. Por ello, hemos insistido en que nos parece que la Iglesia, a través de la Catequesis Bautismal, tiene un rol formativo importante en acompañar y dar herramientas a los padres para el ejercicio de su rol evangelizador al interior de la familia. Rol que no es principalmente una “tarea”, como si esta fuera impuesta externamente, sino que debiese ser fruto de la vivencia comunitaria de la fe al interior de la familia, no solo en la participación cultural, sino en los distintos espectros de su vida cotidiana.

Por ello, concluimos esta reflexión insistiendo en la idea de que la Catequesis Bautismal es, principalmente, una catequesis de adultos en vistas al acompañamiento que ellos realizarán para el nacimiento y crecimiento de la fe de sus hijos. Ello comporta ciertas opciones de contenido y sobre todo metodológicas que permitan no solo reforzar ciertas perspectivas teológicas fundamentales, sino sobre todo, como ya decíamos, volver a despertar en los padres el deseo de la relación religiosa con Dios y la motivación a compartir dicha experiencia con sus hijos a lo largo de su crecimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Z., *Modernidad líquida* (Argentina: Fondo de Cultura Económica), 2004.
- CONCILIO VATICANO II. *Constitución Dogmática sobre la Iglesia Dei Verbum*, 1965. www.vatican.va.
- CORPORACIÓN LATINOBARÓMETRO. “Informe Latinobarómetro 2013”, 2013. www.latinobarometro.org.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (INE) - Chile. “Población y Sociedad: aspectos demográficos”, 2008. www.ine.cl.
- O'MALLEY, T., “Liturgical Catechesis for a Secular Age: appropriating worshipful dispositions”, s. f.
- PEW RESEARCH CENTER. “Religión en América Latina: Cambio generalizado en una región históricamente católica”, 2014. www.pewresearch.org.
- PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO. *Desarrollo humano en Chile : nosotros los chilenos : un desafío cultural 2002* (Santiago, Chile: PNUD), 2002.
- RAHNER, K., *Curso fundamental de la fe* (Herder. Barcelona), 1979.
- UNIVERSIDAD CATÓLICA - ADIMARK. “Encuesta Nacional Bicentenario” (Santiago, Chile), 2013. <http://encuestabicentenario.uc.cl/>.
- . “Encuesta Nacional Bicentenario” (Santiago, Chile), 2014. encuestabicentenario.uc.cl.
- . “Encuesta Nacional Bicentenario” (Santiago, Chile), 2016. <http://encuestabicentenario.uc.cl/>.
- VALENZUELA, E., BARGSTED, M., y SOMMA, N. “¿En qué creen los chilenos? Naturaleza y alcance del cambio religioso en Chile”. *Centro de Políticas Públicas UC* 8, n° 59 (Abril de 2013): 1–22.

NOTAS

1. Cfr. DGC 63.
2. Acá se aborda únicamente la cuestión del bautismo de infantes, distinguiéndolo así del de niños o jóvenes en edad catequística, para quienes lo apropiado es el proceso de Iniciación Cristiana de Adultos (CICA).
3. Cfr. UC - ADIMARK, “Encuesta Nacional Bicentenario”, 2013.
4. Cfr. BAUMAN, Z., *Modernidad líquida* (Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2004); Timothy O'Malley, “Liturgical Catechesis for a Secular Age: appropriating worshipful dispositions”, s. f.
5. Cfr. UNIVERSIDAD CATÓLICA - ADIMARK, “Encuesta Nacional Bicentenario” (Santiago, Chile, 2014), encuestabicentenario.uc.cl.
6. Cfr. UNIVERSIDAD CATÓLICA - ADIMARK, “Encuesta Nacional Bicentenario” (Santiago, Chile, 2013), <http://encuestabicentenario.uc.cl/>.

7. De hecho, la confianza en la Iglesia Católica es mayor al 60% en todo Latinoamérica, con excepción de Uruguay y Chile, este último el país con más bajo nivel de confianza con sólo un 44%. Cfr. CORPORACIÓN LATINOBARÓMETRO, “Informe Latinobarómetro 2013”, 2013, www.latinobarometro.org.
8. Cfr. VALENZUELA, E., BARGSTED, M., Y SOMMA, N., “¿En qué creen los chilenos? Naturaleza y alcance del cambio religioso en Chile”, *Centro de Políticas Públicas UC* 8, n° 59 (Abril de 2013): 1–22.
9. Cfr. UNIVERSIDAD CATÓLICA - ADIMARK, “Encuesta Nacional Bicentenario”, 2014.
10. Cfr. PEW RESEARCH CENTER, “Religión en América Latina: Cambio generalizado en una región históricamente católica”, 2014, www.pewresearch.org.
11. Cfr. UNIVERSIDAD CATÓLICA - ADIMARK, “Encuesta Nacional Bicentenario” (Santiago, Chile, 2016), <http://encuestabicentenario.uc.cl/>; Pew Research Center, “Religión en América Latina: Cambio generalizado en una región históricamente católica”.
12. UNIVERSIDAD CATÓLICA - ADIMARK, “Encuesta Nacional Bicentenario”, 2014.
13. Cfr. Ibid.
14. Cfr. PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO, *Desarrollo humano en Chile : nosotros los chilenos : un desafío cultural 2002* (Santiago, Chile: PNUD, 2002); Pew Research Center, “Religión en América Latina: Cambio generalizado en una región históricamente católica”.
15. Cfr. VALENZUELA, E., BARGSTED, M., Y SOMMA, N., “¿En qué creen los chilenos? Naturaleza y alcance del cambio religioso en Chile”.
16. De hecho, en el año 2016, un 86% de los católicos afirma no haberse confesado en el último año y un 70% cree que el sacerdote no tiene el poder de perdonar los pecados. Cfr. UNIVERSIDAD CATÓLICA - ADIMARK, “Encuesta Nacional Bicentenario”, 2016.
17. Cfr. INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (INE) - Chile, “Población y Sociedad: aspectos demográficos”, 2008, www.ine.cl.
18. Cfr. VALENZUELA, E., BARGSTED, M., Y SOMMA, N., “¿En qué creen los chilenos? Naturaleza y alcance del cambio religioso en Chile”.
19. Cfr. UNIVERSIDAD CATÓLICA - ADIMARK, “Encuesta Nacional Bicentenario”, 2013.
20. En el caso de los colegios, se obtuvo información de seis dentro de la Arquidiócesis, lo que permitió constatar que en dicho caso no se realiza catequesis bautismal de *infantes* (sino de niños en edad de Primera Comunión), por lo que dichas encuestas han sido excluidas del análisis.
21. Quienes detallan dichos requisitos se refieren fundamentalmente a la celebración de los sacramentos, principalmente bautismo (9) o bautismo y confirmación (4).
22. Sólo 5 comunidades explicitan que los catequistas han tenido formación específica en torno a la Catequesis Bautismal.

23. Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática sobre la Iglesia Dei Verbum*, 1965, 2, www.vatican.va.; Karl Rahner, *Curso fundamental de la fe*, Herder (Barcelona, 1979)., Grado cuarto, p. 149.
24. Cfr. CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática sobre la Iglesia Dei Verbum*, 5. El pecado, por su parte, se comprende como una respuesta negativa o una experiencia de desencuentro, que es transformada por el Misterio Pascual para que el encuentro en la fe sea posible.

NARCEA S.A. DE EDICIONES

Av. Dr. Federico Rubio y Galí, 9 - 28039 Madrid - España
www.narceaediciones.es



LA MISERICORDIA DE DIOS SANA **ENRIQUE VILLAR**

Conocer y estar completamente convencidos de que tenemos un Padre que nos está esperando con los brazos abiertos y lleno su corazón de infinita misericordia, es abrirnos a un horizonte venturoso. A nosotros solo nos queda tomar la decisión de volver a nuestro Padre, como lo hizo el hijo pródigo para que su misericordia nos sane y libere.



SEGUIRLE POR EL CAMINO. Con Simón Pedro **ALFREDO TOLÍN**

Los primeros cristianos eran llamados “seguidores del camino”. En el ámbito de las comunidades cristianas de hoy es inexcusable preguntarse hasta qué punto se mantiene viva la conciencia de que la vida cristiana es un seguimiento de Jesús. Este libro no es una biografía de Simón Pedro, sino una intromisión meditativa en el desarrollo de su experiencia interior como seguidor de Jesús.